

Emilio García Montiel

M.A.D.

Y ahora, que todo es tan distante, ¿no volverías a pensar en ello?

Ahora que hemos conocido a una o dos personas y las hemos olvidado cuidadosamente.

Cierta disposición hacia la gratitud o hacia la inteligencia nos aparta de los límites morales.

Una tarde, elegida al azar, podría deslizarse entre nosotros sin pasión alguna.

Del mismo modo, el peso de tus senos podría trascender esas elegancia.

Ya no puedo leer. Mis ojos se han perdido en una claridad para la cual las palabras no tienen importancia.

¿Qué es esa claridad? ¿Qué son mis ojos que se pierden en ella sin la menor pasión?

¿Qué sucede en mi cuerpo que ya nada merece ser nombrado, ni escrito, ni negado siquiera?

De la rosa, cuya virtud es una convención, ya nada existe en mí, sólo la rosa y su presencia muda.

Ah, si pudiera ignorarme del mismo modo en que ignoro la verdad y la rosa ignoraría el cansancio acumulado en mis palabras.

Y ese conocimiento no sería importante ni sostendría ninguna vanidad.

Sí -dijo ella, y miró blandamente hacia la noche como si toda la impaciencia de un invierno se hubiese disuelto en sus ojos. Pensé en el rey Cophetua y en esa joven y maciza mendiga observando un tapiz invisible, y me dispuse a esperar, de su pecho apoyado en la ventana, la misma entrega melancólica. Vislumbré en su nuca una piel expectante, y en el cristal plomado, el reflejo de su rostro, y no creí saber cuál era el verdadero. No lo supe. Me levanté, dejando caer sobre la alfombra un copo de ceniza, y con celosa lentitud de ciego abrí la puerta.

*L*OS ESPACIOS INFINITOS

No hay memoria en los espacios infinitos, por eso penetramos en ellos con satisfacción, pues no hay saber o tiempo que pueda ser nombrado.

Es la ausencia de esos órdenes lo que compulsa el placer de las palabras; discursos que no cobran su sentido en el temor o en la humildad, sino en la dura inocencia de concebir un nombre de lo eterno.

Cuando acudimos, pavorosos, a lo desconocido, ese pavor no tiene causa en la ignorancia, sino en la apariencia y el deseo de un conocimiento.

O cuando elogiamos la amplitud de los espacios, lo hacemos en la imagen de un pensamiento puro sobre un paisaje puro, o tal vez porque alejan el cansancio de algún lugar menor.

Solo, en la noche del océano, y rodeado de nada, salvo de estrellas que hacían esa nada más profunda, yo creí descubrir el infinito en la repetición del agua y en la disolución de las fronteras de un país;